



LA JUVENTUD LITERARIA.

I

LOS que se interesan por el progreso y mejoramiento de las letras mexicanas; los que desean que éstas tengan mayor lustre cada día y que nuestros escritores las enriquezcan con obras que les den honra aún en el extranjero, donde tan mal se nos juzga casi siempre, no pueden dejar de reflexionar un momento ante el actual movimiento literario. ¿Tiene realmente importancia y podrá conducir á buenos fines la afición que hoy muestran todos al cultivo de las letras? ¿Ganará algo nuestra literatura y dará un paso hácia adelante, con los trabajos que ofrecen al público nuestros poetas y escritores? Porque es admirable la facilidad con que entre nosotros nacen y se forman esos que á sí mismos se llaman literatos: todos quieren escribir, todos quieren ser poetas, todos hacen dramas y comedias, y todos son críticos. Creen muchos que para hacer artículos de periódico, basta la firme voluntad, sin que para nada se necesiten *la instruccion general y parti-*

cular sobre el asunto que se escribe,—que recomienda Hermosilla. Se juzgan poetas porque arreglan tres cuartetas aconsonantadas, y porque públicamente se les ha llamado así en un párrafo de gaceta.

Antiguamente, el que daba á luz una composicion suya, lo hacía despues de meditarlo detenidamente y de consultarlo con personas competentes. Buscaba la inspiracion contemplando los objetos que se proponía describir; hablaba de asuntos que conocía y había estudiado; escribía una leyenda ayudado de la verdad, y sintiendo realmente los afectos y emociones que pintaba. Si su trabajo era biográfico, proporcionábase ántes de todo noticias minuciosas y fieles del personaje: estudiaba la época en que éste había florecido, coordinaba los datos con método, hacía apreciaciones imparciales, ensalzaba las virtudes y las buenas acciones, y condenaba con entereza los vicios, las preocupaciones absurdas, los defectos y los errores que encontraba en la vida del héroe. De aquí que juzgase casi siempre con acierto.—Y de esta manera escribían sus obras poéticas Carpio y Pesado; así hablaban en la Academia de Letran Lacunza y Quintana Roo; y Guillermo Prieto observaba nuestros cuadros de costumbres para pintarlos; Luis de la Rosa meditaba para escribir una página de su *Miscelánea* de descripciones; el Sr. Tornel aprovechaba sus ócios en importantes labores históricas; y más tarde, Florencio del Castillo, Fernando Orozco, Diaz Covarrubias, se conmovían tiernamente describiendo en sus novelas ardientes y apasionados afectos.—

El poeta no se dejaba arrebatar entónces por los impulsos de una inspiracion desordenada, sino que obedecía los preceptos del arte y escuchaba con humildad los consejos de la crítica. Retocaba una, dos y tres veces sus composiciones, quitándoles los defectos que pudieran empañarlas, á fin de que se presentasen ante el público limpias de incorrecciones y defectos. Y entónces, como se sentía, aunque se estudiaba ménos que ahora, había cierta belleza moral en las producciones de los escritores. Una idea nueva, un pensamiento hermoso nunca faltaban.—Entónces se respetaban las creencias del pueblo, se rendía culto al buen gusto, se consultaba al corazon y á la inteligencia, se buscaba ántes que todo el sentimiento y se procuraba decir verdad en todo lo que se escribía. Aún tenían una virtud más nuestros antiguos literatos y poetas: la modestia, la modestia humilde y verdadera, no la vana y soberbia que hoy se usa.

II

Ahora bien: en mi sentir, la nueva generacion literaria ninguna importancia tiene: no descubro en ella virtudes, ni amor al estudio, ni tendencias nobles en pro del adelantamiento de nuestra literatura.—¿Quién puede soportar á esa turba de jóvenes que escriben en los periódicos, y que á pesar de su ignorancia se dan humos de sabios? ¿Con qué ojos pueden verse sus maneras afectadas? Creen saberlo todo, porque han aprendido chistes en las zarzuelas bufas; historia, en

las novelas y libretos de ópera; galanterías, en los almanaques y revistas de moda. Se creen literatos y poetas, porque en el periódico H han publicado algun artículo y en el periódico M han dado á luz unos versos que hablan de sus *desengaños* y de su *hastío*, de sus *dudas* y *horas de dolor*. Aún son imberbes, y ya son desgraciados, muy desgraciados: sus quejas y lamentos por los desengaños que han sufrido no tienen medida.—Hablan en todas partes de política y literatura; en los pasillos de los teatros juzgan con una sola frase la obra que se representa, y si algunos la elogian, ellos la critican, ó celebran sus bellezas cuando todos le encuentran defectos. Y así son en lo demás; porque creen que siguiendo el dictámen general, aunque éste sea fundado, caen en la vulgaridad, y singularizarse es lo que más desean.

Por lo demás, estos jóvenes, ni por la educación literaria que reciben, ni por el sistema de estudios seguido hoy en las aulas, ni por sus gustos é inclinaciones, ni, en fin, por los modelos que se proponen imitar en sus escritos, han de llegar nunca á dar días de gloria á nuestra literatura. Envanecidos profundamente por los elogios de sus amigos, sin dirección y sin voluntad de tenerla, fomentado su amor propio por los mismos que debían reprobárselo y corregirlo, contagiados del escepticismo moderno; rebeldes, en fin, á la autoridad de las reglas y de los buenos modelos, ¿qué esperanzas ofrecen? ¿qué género de obras van á salir de sus manos? Ellos no estudian ni atesoran conocimientos nuevos; no están atentos al movimien-

to literario de la época, ni ménos procuran corregir sus defectos siguiendo la enseñanza y el ejemplo de los maestros en el arte.—Y si nada de esto hacen, es del todo inútil que escriban y publiquen versos; pues nunca el progreso de una literatura ha consistido en la abundancia de autores y de obras. El amor al estudio y al trabajo, la meditacion detenida, la buena eleccion en los asuntos y el cuidado en la frase: hé aquí lo que se necesita.

La crítica, además, falta entre nosotros por completo; la crítica, tan esencial para corregir y enseñar, tan útil para detener los avances del mal gusto y formar lo bueno. ¿Quién se ha acordado de ella? ¿Quién se atreve á ejercerla, aquí donde todos quieren elogios y es costumbre prodigarlos?—Yo tengo para mí que si nuestra literatura no ha progresado todo lo que debiera, que si hay insolentes ignorantes llenos de vanidad y de orgullo, ha sido, no precisamente por la falta de crítica, sino por los elogios mútuos que todos se hacen en la prensa. Hoy, como decía un escritor francés, se hace una alabanza para tener derecho de exigir veinte. Nadie se atreve á manifestar francamente su opinion; pues la amistad, la esperanza de obtener un favor, las consideraciones de respeto y otras diversas circunstancias, quitan al crítico su libertad; y si debía ser severo, imparcial y justo, tórnase en benévolo dispensador de elogios inmerecidos, en encubridor de imperdonables defectos y de verdaderas heregías literarias.

La crítica, para que dé eficaces resultados, debe ser severa siempre, sobre todo aquí en

México, donde muchos se creen con las dotes de Gustavo Becquer, de Fígaro, de Selgas ó de Teófilo Gauthier. Los elogios debe hacerlos con mucha sobriedad, y eso con los humildes, modestos y tímidos, porque éstos han menester palabras de benevolencia para animarse.

III

Uno de los medios que quizá contribuiría á alcanzar benéficos resultados en el campo de las letras, son las sociedades literarias.—Hace algunos años se despertó en México y en toda la república un entusiasmo extraordinario para fundar asociaciones: los periodistas, los estudiantes, los abogados, y hasta los artesanos, uníanse en fraternal sociedad con la intencion de estrechar sus relaciones con un vínculo más fuerte que el del simple compañerismo; pero despues de algun tiempo de comenzados los trabajos, todos empezaron á abandonarlos, faltando así á sus obligaciones y deberes: y hoy muy pocas y muy raras son las sociedades que subsisten.

Sería por demás encarecer la utilidad y los buenos frutos que pueden cosecharse en reuniones de este género. Si se establecen con el fin único de prestarse mutuamente auxilios los asociados, tendrán en ellas un seguro apoyo y un medio de remediar urgentes necesidades; si se fundan para cultivar las letras, serán todavía mayores las ventajas que se obtengan, porque entónces puede ganar la literatura; y los socios, al mismo tiempo que encuentran en ellas solaz y esparcimiento, tienen oportunidad de ir at-

sorando curiosos y útiles conocimientos recogidos en el estudio propio y en el de la comunidad.—Además de esto, ¿quién duda de que en estas pacíficas reuniones se estrechan más y más los vínculos de la amistad? ¿quién no sabe que se ensancha el corazon al compartir con otro las fatigas del estudio y comunicarle las impresiones literarias?

En España, y en Madrid principalmente, cuna de muchos de sus literatos y poetas, taller de sus pintores y artistas, ilusion de muchos jóvenes de provincia que sueñan con la gloria, teatro de sus hombres notables; en España, digo, y en Madrid principalmente, han abundado en todas épocas las sociedades de artistas y literatos, de jóvenes unidos por la amistad y el cariño, que juntos alimentan ilusiones literarias, que juntos sueñan con la felicidad y la gloria. En esas sociedades íntimas se formaron y hasta nacieron literariamente muchas celebridades contemporáneas de escritores y artistas españoles. Allí leyeron sus primeras composiciones D. Antonio de Trueba, D. Luis de Eguílaz, Narciso Serra, Agustin Bonnat y otros muchos; allí recibieron nombre multitud de obras que hoy todavía se leen con delicia y encanto, tales como las regocijadas y hermosas novelas de D. Pedro Antonio de Alarcon, el escritor ilustre que hoy ocupa dignamente uno de los sillones académicos. Allí, en fin, en esas sociedades de jóvenes alegres y estudiosos, se formaron muchos de los que hoy son honra y prez de las bellas letras, de las artes, del periodismo y de las ciencias políticas y sociales en España.

Pues bien; ¿por qué aquí en México nuestros jóvenes escritores no forman sociedades, y mantienen vivo en ellas el fuego del entusiasmo y del amor al estudio? Ayudándose mutuamente, auxiliándose en sus investigaciones, corrigiéndose entre sí los defectos de sus obras, podrían ir, aunque fuese con lentitud, por un camino que sin duda los llevaría á buen término. Sus trabajos, ántes de salir al público, pasarían por el crisol de una crítica amistosa, y entónces quizá veríamos en los periódicos ménos malos versos y más cuidada prosa.



EL ESTUDIO DE LA HISTORIA.

I

EN México, por desgracia, el estudio de la historia es imperfecto como ninguno, y el de la historia contemporánea casi me atrevo á decir que no existe.—Ocupados los estudiantes en otro género de materias, apénas si tienen tiempo de hojear un mal compendio, y áun esto lo hacen de mala gana, sin interesarse por ningun acontecimiento ni por ningun pueblo. Las horas de cátedra son muy limitadas, los libros de texto reducidos é incompletos, y escritos algunos en confuso estilo. Por tales circunstancias, no tiene esta clase de estudios atractivo alguno para los estudiantes. ¿Y quién puede poner en duda la importancia de la historia, que es, como dijo Ciceron, *testigo de los tiempos, luz de la verdad y maestra de la vida*? ¿Quién ignora que por medio de ella, y siguiendo su enseñanza, pueden los hombres y los pueblos llegar al más alto grado de progreso y de civilizacion? ¡La historia, manantial fecundo de lecciones y de ejemplos, que de igual modo cau-

tiva al sabio y al ignorante! ¡La historia, que unas veces deleita el espíritu con sus narraciones candorosas y apacibles, y otras admira y sorprende con los hechos de heroísmo y de elevada lealtad que presenta! ¡La historia, en fin, que ya conmueve como un idilio, ya despierta en el corazón las emociones poderosas de la tragedia! ¿Quién no gusta de ella y se siente inclinado á buscarla para instruirse?

Un pueblo en que se desconoce este ramo importantísimo del saber humano, está muy lejos de progresar, de perfeccionar sus instituciones, de mejorar sus costumbres é ir por el recto sendero del engrandecimiento intelectual: fáltanle así las severas lecciones de la experiencia, y el espíritu de los hombres notables no puede templarse ni nutrirse de fecundas y sabias enseñanzas. El infortunio de pueblos extraños no podrá jamás interesarle; la manera de remediar los propios le será desconocida; y esa misma ignorancia podrá perjudicarle en ocasiones en sus relaciones internacionales. Tal vez no sería aventurado decir que un pueblo en donde se ignore la historia está condenado á tener malas leyes, malas costumbres y malos hábitos; á no dar un paso en el camino del progreso moral; á abrigar siempre discordias en su seno, y hasta á permanecer aislado y solo en medio del gran movimiento de los siglos.—Una prueba de estas verdades la tenemos en el aprecio con que en todas épocas han visto los grandes hombres las obras históricas: los libros de Tácito, de Xenofonte; los *Comentarios* de Julio César, y otras *Historias*, han sido siempre estudiadas y con-

sultadas por guerreros, gobernantes, estadistas y cuantos están al frente del gobierno de los pueblos. Y es que de ese modo hay facilidad para proporcionarse medios de dar acertadas disposiciones, oportunas y prudentes leyes, tendencias benéficas y progresistas á los actos de administracion y de gobierno.

II

No hay, pues, necesidad de ponderar más la utilidad de la historia; tampoco es preciso detenerse en probar que el pueblo necesita de buenos libros para ilustrarse, educar su criterio, y dar á sus juicios el sello de la imparcialidad y de la justicia. Por desgracia todos están de acuerdo en reconocer que nuestro pueblo es el más ignorante de la tierra, el que ménos conoce los avances del entendimiento humano en las ciencias, la industria, las artes y las letras; el que no está ni quiere estar al tanto de los nuevos trabajos, de los nuevos descubrimientos y prodigios de la civilizacion; y, en fin, que es el más fácil de engañarse y ser engañado por las teorías con que algunos quieren deslumbrarlo. ¡Si al ménos le quedase aquella ingenuidad de otros tiempos, unida á cierta candorosa sencillez! ¡Si al ménos fuesen sus sentimientos dóciles todavía á las inspiraciones del bien!—El pueblo de ahora es ignorante; pero su ignorancia está envuelta en una vanidad, en una soberbia, tanto más irritante y enfadosa cuanto que carece de todo fundamento. Y esto se debe, sin duda, al barniz de instruccion que ha tomado de las novelas y de

ciertos periódicos en que se ultraja hasta el sentido comun; se debe á los falsos y engañosos halagos con que muchos han abusado de su buena fé y sencillez primitiva; á las predicaciones más ó ménos sinceras de charlatanes Mentores, y que seguramente han estado léjos de entender. De aquí su empeño en querer juzgar y discutir las más árduas cuestiones, en criticarlo todo, en maltratar la reputacion de personas respetables. Y no se diga que en esta animacion, en estas pláticas del pueblo, debe verse el interés que toma por las cosas públicas, su deseo de ilustrarse, su aptitud para conocer lo que conviene, y discernir lo bueno de lo malo; no. En todo hay algo más que frívolo pasatiempo; pues casi siempre los juicios que forma son hijos de un criterio sin cultivo y extraviado por la vanidad y el orgullo, la vanidad y el orgullo de la ignorancia, que son los peores.

La enseñanza que se da al pueblo en las escuelas es imperfectísima: ni los maestros, ni los libros de texto, ni los métodos de enseñanza, ni aún la higiene del establecimiento son á propósito para desarrollar lenta y gradualmente la inteligencia de los niños y los sentimientos de su corazon: sobre todo, los libros que se ponen en sus manos les traen males gravísimos que despues es muy difícil remediar. Más tarde, cuando cada uno tiene que formar juicio de las cosas, ciñéndose á sus propias luces, todo lo halla confuso y extraño, sin que pueda descubrir la verdad ni emitir con claridad su dictámen.

Esto se ve palpablemente cuando se tratan cuestiones históricas. ¡Cuán pocos hallan inte-

rés en ellas y pueden comprenderlas! El pueblo á que ántes me refería nada de esto entiende: si en su presencia falta alguno á la verdad, él no sabrá conocerlo; si se ensalzan las hazañas y se elogian las virtudes de un héroe, ó se describe algun acontecimiento histórico, tampoco sabrá comprender la aplicacion é importancia que esto puede tener; y en todos casos su ignorancia le impedirá gozar de los primores de un buen discurso.—A este mal gravísimo hay que agregar el que le han hecho ciertos oradores de las festividades nacionales, unas veces adulterando la historia en sus partes esenciales, y otras dando á los personajes cualidades, vicios ó virtudes que no tuvieron, ó ya presentándolos bajo el prisma de las preocupaciones ó pasiones políticas, ó de las simpatías mal guiadas y entendidas.—Y aquí hay que notar tambien que la pobreza de conocimientos históricos que muestran muchos de los que están en relaciones con el público, la falta de ciertos arranques en nuestros oradores, de ciertas pomposas frases y galanas figuras en nuestros escritores, se deben al mismo abandono del estudio de la historia que vengo lamentando. Tratándose de mexicanos notables, la ignorancia del pueblo es todavía mayor: desconoce la biografía de nuestros sabios, de nuestros guerreros, de los miembros ilustres de nuestro clero, y de los que se han distinguido por sus trabajos literarios ó científicos.—Hé aquí por qué creo yo que los maestros y los discípulos en los establecimientos de educacion, los legisladores en sus gabinetes, los literatos y periodistas en la prensa, debían de consuno con-

tribuir unos con su poder y otros con sus luces, á que la enseñanza de la historia fuese preferentemente atendida; pues que con ella se forman los grandes caracteres, se vigorizan los entendimientos y se avivan las virtudes; con ella tambien los hombres son buenos ciudadanos, patriotas, heróicos y excelentes gobernantes.

III

Si grandes é importantes son los beneficios que los gobernantes, los legisladores, los hombres de Estado, pueden sacar del estudio de la historia nacional, ¡cuántos buenos frutos se recogerían tambien para enriquecer nuestra literatura!—Sin temor de que el patriotismo me ciegue, yo creo que la historia de México es bellísima y que muchos de los hechos que se registran en sus páginas, son superiores á los muy ponderados de otros pueblos, por su importancia y sus interesantes detalles. ¿Dónde hay acontecimientos tan dramáticos, tan sorprendentes y sublimes, como los de la conquista de estas tierras por los españoles?—Aquellos hombres heróicos, guiados por el amor á la gloria, desembarcaron en las playas del golfo, se internaron en espesísimos y misteriosos bosques, venciendo mil obstáculos y sobreponiéndose á las dificultades que naturalmente debían hallar en un país desconocido. Nada les arredró: combatieron y vencieron; y enamorados luego de las bellezas del suelo, de lo rico y grandioso de las montañas y de los valles, de la dulzura del clima, decidieron reformar los pueblos que aquí

encontraron, y darles la luz de una religion pura y los beneficios de la civilizacion, elementos preciosos y necesarios para su engrandecimiento y felicidad.—Tales fueron los gérmenes de la sociedad actual; y cualesquiera que hayan sido los errores y defectos de los conquistadores, lo cierto es que ellos dieron á los pueblos de la América todo lo bueno que á la sazón podían darles: paz, gobierno, cultura, orden, leyes de moralidad y de progreso.

Pues bien: si los escritores que tanto abundan en México se dedicaran á cultivar el fecundo campo de la historia nacional, y el pueblo tomara interés por conocer estos trabajos, pronto veríamos mejoradas nuestra literatura, nuestras costumbres y hasta la conducta pública de nuestros gobernantes. Desaparecerían así multitud de errores y de preocupaciones abrigadas por muchos, acerca de las tradiciones de nuestra sociedad y las causas que impiden nuestro rápido progreso y engrandecimiento; y entonces tambien los jóvenes que hoy se están formando no serían injustos mañana al juzgar los acontecimientos que se han verificado en nuestra patria.

Aparte de esto, los sucesos de la conquista; los trabajos de los misioneros y de Cortés para civilizar á los indios y organizar la administracion pública; aquellos tres siglos de paz tan fecundos en hombres instruidos, útiles y sabios; luego, la guerra de independenciam, las luchas admirables de nuestros héroes; y finalmente, los trabajos de los partidos políticos y hasta las discordias civiles que constantemente han afligido

á nuestra patria; todo forma un conjunto tal de acontecimientos y de episodios, que la poesía, la novela, el drama que en ellos se inspirasen, tendrían que ser por fuerza interesantes y hermosos.—Y muy útil sería, por otra parte, que nuestros literatos escribiesen y difundiesen las biografías de los hombres notables que en México hemos tenido. ¡Cuántos héroes recuerda la historia, dignos de la más alta epopeya; cuántos industriales laboriosos y honrados que pueden servir de ejemplo á la multitud; cuántos hombres desprendidos y ameritados que dedicaron sus riquezas, su reposo y hasta su vida al servicio de la patria y de la sociedad! ¿Los conoce el pueblo? ¿Puede tener en ellos un estímulo?—¡Oh! cuando se estudia la historia de México, y se recrea uno en sus bellezas, y se descubren los riquísimos tesoros que contiene, muchos vírgenes todavía, razon hay para lamentarse de que tan abandonado esté su cultivo en las escuelas y en la literatura!



ESTUDIOS HISTORICOS

NACIONALES.



La importancia de los estudios históricos americanos no puede desconocerse ni ser negada por nadie. Descubierta un mundo nuevo por Colon; conquistado despues por una raza de héroes; civilizado en seguida, engrandecido y cambiado totalmente en su sér moral por unos cuantos misionefos que serán la perpétua admiracion de la humanidad; convertidas luego las fuentes de barbárie y de la más repugnante idolatría en saludables veneros de paz y bienestar; modificadas las costumbres, destruidas las monstruosas creencias; organizadas en familias las tribus ántes separadas por el ódio y el rencor; formada una sola nacion con los diversos pueblos diseminados en territorios inmensos; confundidos, por último, en un solo interés los intereses de todos, con leyes y costumbres nuevas, con grandes y nobles aspiraciones para lo porvenir, el mundo americano despierta

y despertará siempre en todos ansia inextinguible de conocer su historia. Desea estudiarla el estadista para saber dar leyes convenientes y eficaces á estos países, donde todavía se cuentan millones de indígenas, descendientes de los primitivos habitantes del continente, y que conservan aún algo de los instintos de su raza, de la noble y altiva independencia de su carácter. Desean estudiarla también el poeta y el artista, para inspirarse en aquellos sucesos interesantísimos, en aquellas luchas heroicas entre una religión suave y de paz, y otras llenas de absurdos y ritos horrorosos; entre los apóstoles de la caridad y el amor, y los sacerdotes que inmolaban víctimas humanas; entre los albores virginales y purísimos de una época que el cristianismo haría dichosa, y las negras sombras del error en que habían estado envueltos hasta entonces los pintorescos países de los Moctezumas y los Incas. Y al historiador, grave y profundo siempre en sus meditaciones, ¡qué campo tan rico, generoso y fecundo se le presenta en la historia de estos pueblos, para emprender provechosísimos trabajos! ¡Cuántos episodios tiene que referir, ya con la sencilla y candorosa pluma del cronista, ya con el buril severo del gran Tácito; episodios y sucesos que al mismo tiempo que pueden recrear al lector frívolo y vano, pueden hacer meditar al filósofo! ¡Cuántas cuestiones de trascendental importancia le convidan á examinarlas detenidamente, á descifrar manuscritos, á interpretar códices, á estudiar y leer una y cien veces crónicas antiguas! Porque todo lo que entonces se hizo fué raíz de la sociedad

actual, y nada hubo en aquel tiempo que pueda hoy ser indiferente al que trate de descubrir la verdad.—La fundación de una iglesia ó de un convento, de una escuela ó de un hospital, estaban íntimamente ligadas al porvenir y engrandecimiento de la raza conquistada; no eran manifestaciones del fanatismo de la época, como creen algunos llevados de su ignorancia, ingratitud ó mala fé; no significaban tampoco alardes vanos de la riqueza y poderío de los vencedores; no. Eran, por el contrario, asilos santos donde se enseñaba al indio á buscar el consuelo de sus penas, donde se le acostumbraba al trabajo, donde se le daba el sabroso pan y la benéfica luz de la instrucción, donde se le curaba de sus dolencias con una blandura y suavidad que no había conocido. Casas de bendición eran aquellas que sucesivamente iban dando á la patria varones sabios, prez y honra de la América; prelados insignes, que se extendían por la tierra llenos de ardor apostólico, para llevar á sus hermanos los tesoros preciosos de la piedad y de la fé; hombres de paz, en fin, que hallaban dulce deleite en la práctica del bien, que discutían en los consejos de gobierno, que daban leyes y reglamentos, y que atentos siempre á la felicidad de todos, indicaban prontamente las disposiciones que debían tomarse.

Sin duda los primitivos misioneros, y más tarde todos los gobernantes de la América española, comprendieron el sumo interés que para el historiador futuro tendrían tales trabajos, pues quisieron que quedase memoria de ellos, no simplemente para mostrar el cariño y predilección

que estos pueblos les merecieron, sino tambien, y en especial, para facilitar su conocimiento y el de sus necesidades. Hé aquí por qué en aquellos siglos, y sobre todo en el XVI, en que se trató de dar forma, y se dió, á numerosos pueblos que no la tenían ni la habían tenido acaso, se escribieron tantas *crónicas é historias*: hé aquí por qué fué éste el primer ramo de literatura que se cultivó en el Nuevo Mundo. Toca á la bibliografía formar una noticia exacta y completa de todo lo que entónces se escribió; y en cuanto á México, bastará recordar algunos nombres de los que principalmente se distinguieron por sus obras.

Ocupan el primer lugar los cronistas, que los hubo entre los mismos conquistadores, y entre los santos varones que luego vinieron á consumir la victoria por medio de la cruz y la palabra evangélica; como Bernal Diaz del Castillo, Gomara, Oviedo, el Padre Durán, Sahagun, Motolinía, Las Casas, etc.; y multitud de cronistas particulares: Larrea, Arlegui, Espinosa, Arricivita, Medina, Dávila Padilla, Remesal, Beaumont y Mota Padilla.

Hubo otros escritores, cuyas obras demuestran más orden y cuidado: Torquemada, Betancourt, Acosta, Pedro Mártir de Anglería, etc.; y al llegar á siglos posteriores, obsérvase con pena que no fué ya tan vivo ni tan ardiente el entusiasmo por los estudios históricos: tan sólo D. Carlos de Sigüenza y Góngora, D. Mariano Veytia, Clavijero, Cavo, Leon y Gama, y algunos otros, volvieron á emprender laboriosas investigaciones, dejando varios manuscritos no-

tables. Veytia escribió una *Historia de México*, que dejó sin concluir, pero que muchos años despues completó y publicó el literato mexicano D. Francisco Ortega; y Leon y Gama dió á luz en 1792, una erudita disertacion histórica á propósito de “dos piedras que se hallaron en la plaza principal de México el año de 1790” *; distinguiéndose tambien, y mucho, el Sr. Dean de la Catedral de México, D. José Mariano de Beristain y Souza, cuya famosa *Biblioteca Hispano-Americana*, publicada en esta ciudad el año de 1816, es hasta hoy el único catálogo de escritores que tenemos, y que, no obstante sus defectos, puede calificarse de precioso por su riqueza y lo raro de sus noticias. D. Carlos María de Bustamante vino despues; publicó manuscritos hasta entónces inéditos, y reimprimió obras ya publicadas, anotándolas; pero por desgracia, su extraño carácter, mezcla incomprendible de candor y de malicia, unido á ciertas preocupaciones que le apartaban de la serena imparcialidad del historiador, hicieron que sus trabajos no tuvieran la importancia que era de desearse; han venido á ser completamente inútiles y áun perjudiciales, porque todo lo desarrregló y confundió, cortando los textos ó adulterándolos donde mejor le parecía.

En 1844 y 1849 D. Lucas Alamán dió á la estampa sus *Disertaciones sobre la Historia de la República Mexicana*, hasta la independenciam; y en 1849 y 1852, su *Historia de México* desde 1808 hasta 1821; y aunque algunos no conce-

(*) Una de estas piedras fué la que generalmente se conoce con el nombre de Calendario Azteca.

den autoridad á estas obras, fundados en que el autor es muy parcial en favor de España, yo creo que la tienen muy grande, y que con ellas el Sr. Alamán hizo adelantar mucho entre nosotros los conocimientos históricos. La diligencia que pone en rectificar errores, la abundancia de los documentos nuevos que presenta y examina, y otras circunstancias que recomiendan ambas *Historias*, las hacen dignas, á mi juicio, del estudio y de las consultas del sabio.

Antes de las guerras civiles de la Reforma, abundaban en México elementos para emprender obras acerca de la historia patria: las bibliotecas de los conventos eran riquísimas en manuscritos, códices, libros impresos en los primeros años de la dominación española en América, verdaderos tesoros bibliográficos que sólo allí se encontraban; y si bien existían en Europa, diseminados en bibliotecas públicas y particulares, otros muchos preciosos materiales que nuestra historia reclamaba, la verdad era que los que aquí poseíamos bastaban para satisfacer, hasta cierto punto, el afán del más celoso, diligente y curioso investigador. Prescott, en efecto, no dejó de aprovecharse de ellos para escribir su celebrada *Historia de la Conquista de México*, aunque es cierto que consultó también los principales archivos de la Península.

Suprimidos los conventos por las leyes de Reforma, confiscados los bienes del clero y cerradas sus bibliotecas, natural era que lo más estimable de ellas pereciera en el naufragio, y que muchas obras se perdieran para siempre; de manera que si ántes encontraban dificultades

para sus consultas los aficionados á los estudios históricos, hoy, debido á aquella circunstancia, tienen que tropezar con otras verdaderamente insuperables. Muchos manuscritos de nuestros cronistas primitivos, y diversas obras de que sólo se tenía noticia, pasaron desde su tiempo al Archivo de Indias, al de Simancas, á las Bibliotecas de Viena, del Vaticano y de Londres; y algunos de los que más tarde se descubrieron en América pasaron también á manos extranjeras; y hoy, para dar con ellos y servirse de sus noticias, tienen que emplearse trabajos, investigaciones y gastos enormes, muchas veces inútilmente.

Sin embargo, y á pesar de estas dificultades, se han publicado en México numerosas obras históricas, de más ó menos mérito, pero que han enriquecido la bibliografía nacional de una manera notable, y las cuales demuestran que nuestra historia ofrece campo vastísimo y fecundo á los que se deciden á cultivarla.— Merecen citarse, entre muchas, las publicaciones del Sr. D. Joaquín García Icazbalceta, para las cuales todo elogio aparece siempre corto, pues en ellas abundan documentos raros y originales, y observaciones atinadas y oportunas, que casi siempre dejan agotada la materia á que se refieren. D. Alfredo Chavero, el finado Sr. Orozco y Berra, D. José M. Vigil, D. Francisco Sosa, el Sr. del Paso y Troncoso, el Sr. Hernández y Dávalos, el Dr. Nicolás León, de Morelia, y otros muchos que sería largo citar, han contribuido también con sus obras al enriquecimiento de la bibliografía histórica nacional. Han necesitado

de gran perseverancia y de no escasos sacrificios para hacerse de documentos inéditos ó de libros raros, con los cuales han dado interés á sus escritos y bibliografías.

Por otra parte, las publicaciones hechas en el extranjero, especialmente en España, sobre asuntos históricos americanos, algo han contribuido tambien á dilucidar muchos puntos y á impulsar esta clase de estudios. Las *Cartas de Indias*, por ejemplo, que es un libro monumental y costoso, encierra tesoros de inestimable valía, que han sido estudiados con esquisita diligencia por nuestros escritores y bibliógrafos.

De desearse es, pues, que las aficiones á los estudios históricos nacionales no se pierdan entre nosotros, ni nadie se desanime á proseguirlos, por grandes que sean las dificultades con que haya que luchar.

La literatura ganaría mucho en ello.



BIOGRAFÍA DE PESADO

POR D. JOSÉ MARÍA ROA BÁRCENA.

I

LOS años huyen, los hombres desaparecen, las sociedades se modifican y renuevan; y del tiempo, de los actores y de la escena del mundo no van quedando recuerdos y datos sino en la historia, sin la cual los sucesos y personajes de una época no podrían servir de enseñanza y ejemplo á las nuevas generaciones. Pero, teniendo que atender la historia al conjunto de los hechos y personalidades que más directamente han influido en la marcha y la suerte de la humanidad, deja á la biografía el estudio del carácter y acciones de las individualidades que en cada pueblo se han distinguido, para aprovecharse de lo más importante de su labor, á semejanza de un río que se va engrosando con sus afluentes. Son, pues, los estudios biográficos parte del archivo que el historiador utiliza, y, sabido su destino, se comprende el espíritu de verdad y justicia que debe animarlos.”